



6-2015

La Poesía de Don Juan de Arguijo: Expresión de una Comunidad

Olympia Gonzalez

Loyola University Chicago, ogonzal@luc.edu

Recommended Citation

Gonzalez, Olympia. La Poesía de Don Juan de Arguijo: Expresión de una Comunidad. *Aula Lirica*, 7, : 55-67, 2015. Retrieved from Loyola eCommons, Modern Languages and Literatures: Faculty Publications and Other Works,

This Article is brought to you for free and open access by the Faculty Publications at Loyola eCommons. It has been accepted for inclusion in Modern Languages and Literatures: Faculty Publications and Other Works by an authorized administrator of Loyola eCommons. For more information, please contact ecommons@luc.edu.



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 3.0 License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/).

Author Posting © *Aula Lirica* and Olympia B. González, 2015.

La poesía de Don Juan de Arguijo: Expresión de una comunidad

Olympia B. González
Loyola University, Chicago

Temas: Percepciones actuales sobre Juan de Arguijo [JdA] / su poesía para el conocimiento de la personalidad e ideas del individuo, del autor / su vocación fraterna y comunitaria / afinidad patriótica e intelectual con sus coterráneos en Sevilla / estrechas relaciones de JdA con los círculos jesuitas de la ciudad (planos personal y conceptual) / influencia del pensamiento jesuita en la praxis e ideología de la ‘comunidad de emociones’ en la que participa JdA / práctica pedagógica y sentido de comunidad en los jesuitas / temática y estímulo clasicistas / desvelos de JdA por los males y aflicciones de amigos y de su ciudad / análisis de algunos poemas de JdA según la perspectiva del concepto de la ‘comunidad de emociones’

Entre los poetas del Siglo de Oro, Juan de Arguijo tiene fama de frío y reservado. Su apego al modelo clásico le permitió alejarse de la temática petrarquista en la que se privilegian el amor y los sentimientos, de ansiedad y deseo evocados por la memoria de un personaje femenino al que el poeta consagra su obra. Como dice Oriol Miró Martí en el prólogo a su edición de los poemas de Arguijo, aunque éste contrajo matrimonio con Sebastiana Pérez, la hija del socio de su padre, “la poesía del sevillano jamás hace referencia, ni la más mínima, ni a su mujer ni a cualquier otra mujer que no pertenezca al plano mítico o histórico” (19). Para Miró Martí, el verdadero Arguijo se esconde detrás de su poesía, puesto que hay poco de “una idea clara del mundo interior de aquel poeta que nos abre las puertas del tiempo y nos invita a un viaje lleno de principios éticos, morales y estéticos, una imagen de quién hay más allá de la pluma que escribe, más allá de la mano que la sostiene, más allá de los ojos que guían” (15). Con el propósito de ampliar estas observaciones de Miró Martí propongo ahora una nueva aproximación a la obra de Arguijo, que contribuya a ampliar nuestra perspectiva, para añadir matices a esa imagen curiosamente vacía. Para ello, anclaré este trabajo en el concepto de ‘comunidad emocional’ desarrollado por Barbara Rosenwein en varios libros y artículos. Si analizamos la obra de Arguijo desde el concepto de una comunidad de emociones, podremos entender y apreciar aspectos esenciales en la temática de su obra, para distinguir la coherencia con que el poeta incorporó elementos de su experiencia por medio del sentimiento de comunidad y el valor de la amistad.

¿Qué es una comunidad de emociones? Rosenwein dice que son mayormente lo mismo que una comunidad social, de familia, un vecindario, una institución académica, monasterio, fábrica, unidad militar o corte principesca, pero la investigadora encuentra ‘sistemas de sentimientos’ en aquella, la de emociones, para identificar lo que estas comunidades y los individuos que las

conforman consideran de mérito o, por el contrario, dañino. Para definir una comunidad de emociones, se identifican las emociones que se cotizan bien en esa comunidad al mismo tiempo que se comparan con las que se denigran o ignoran. ¿Qué tipos de lazos unen a los miembros de una comunidad de emociones? ¿Qué afectos los unen? ¿Cómo expresan sus emociones y qué esperan de los otros, estimulan, toleran o rechazan? (Rosenwein, «Problems»). La figura del poeta Arguijo no puede separarse de su persona como sevillano y miembro de una comunidad intelectual y religiosa protegida en el ambiente de la Sevilla de su época. No hay un Arguijo oculto; al contrario, sus poemas nos muestran sus sentimientos con gran claridad, en facetas que reproducen una tensión melancólica.

Esta expresión poética emocional no pertenecía a aquellos que coincidían con su interés en la poesía. Hubo una profusa red de amistades con las que compartió y que integran la lista de autores y pintores que frecuentaron su academia en el período entre 1600-1628. José Sánchez menciona entre los asistentes a Antonio Ortiz Melgarejo, Melchor del Alcázar, Francisco Pacheco, Rodrigo Caro, Juan de Jáuregui y Francisco de Rioja (*Academias* 203). Sin embargo, a pesar de que le dedicaron poemas a Arguijo, no pertenecen al ámbito emocional considerado aquí. Al contrario, hay indicios de que la persona proyectada por Arguijo ante este círculo correspondía a la figura del cortesano, refinado y distinguido, que menciona Lope de Vega en «La dragontea» (Sánchez 205). Más que eso, varias composiciones muestran una afición que trasciende el gusto o la inventiva y se planta en una especie de pasión o dolor.

Cuando analizamos un amplio número de poemas de Arguijo, descubrimos una preocupación constante, dirigida a una comunidad de individuos participantes en la experiencia de varios sentimientos asociativos, como son la amistad, el orgullo de pertenecer a una misma ciudad, y la preocupación por el efecto de plagas y ataques de la flotas enemigas; todo esto acompañado por la expresión del placer intelectual disfrutado al compartir similares intereses intelectuales y religiosos. Las emociones que afectan la conciencia poética van desde las positivas, como la alegría de disfrutar de la belleza de un jardín, hasta el furor provocado por la pérdida de un amigo. Gracias a la riqueza que su padre logró acumular, que no era miembro de la nobleza, Arguijo pudo frecuentar altos círculos civiles y artísticos. Sin embargo, su íntima relación con los jesuitas, en cuyo colegio sevillano se educó, se destaca de manera esencial en situaciones graves que se le presentaron años después, cuando se vio perseguido por sus acreedores. Sabemos que en uno de los momentos más difíciles de su vida, al tener que declararse en bancarrota y perder casi todos sus bienes debido a gastos extremos y malas condiciones de la economía española, los jesuitas le abrieron las puertas para que se refugiara en una de sus fincas, en la llamada “Madre de Dios”, que usaban para descanso, un lugar “apacible, sano y apartado de otras huertas”.¹ Este ámbito de amparo se

¹ Stanko Vranich cita al jesuita Juan de Santibáñez, quien describe la finca de esta manera (202).

reproduce también en los poemas donde Arguijo reflexiona sobre aquellos tiempos en que le había tocado caer en desgracia. Es precisamente su proximidad e inclusión en la esfera de los jesuitas lo que permite examinar su poesía en el contexto de una ‘comunidad emocional’, la integración idealizada de un grupo de individuos que comparten un universo emocional, y entienden el mundo a través de su identificación con afectos y expresiones verbales referidas a emociones que poseen especial sentido para ellos, identificación que fortalece las relaciones que los unen .

Otro aspecto a tomar en cuenta de la vida en Arguijo es aquel que lo involucra con el prolongado esfuerzo ejercido durante varias generaciones por grupos civiles y religiosos, incluyendo los jesuitas, para llevar a la ciudad de Sevilla de vuelta al modelo de la civilización clásica romana. Estas preocupaciones de carácter cívico y cultural explican la preocupación de Arguijo por la mitología y el arte clásicos. Según las investigaciones de Vicente Lleó Canal, a partir del siglo XV comenzó a articularse la invención de una Sevilla clásica construida sobre los restos de los barrios de corte arábigo que habían constituido ciertas secciones de la ciudad original. Ya en 1526, unos años antes de nacer Arguijo, cuando Andrea Navagbero visitó esta ciudad, la comparó éste con las ciudades italianas (Lleó Canal 11). Este parecido físico apuntado por Navagbero solidifica la actitud de reverencia hacia el mundo clásico de un gran número de poetas, pintores y hombres de letras en los años que siguieron a su visita como se ve en las academias de poesía y pintura. Refiriéndose a Arguijo, Vicente Lleó Canal ha observado que en la casa del poeta “antes incluso que en la casa de Pilatos –un famoso palacete contemporáneo– encontramos pues un auténtico paradigma de la utilización en clave humanista de la fábula clásica” (55). A partir de su interés en los clásicos, Arguijo mezcla en su poesía elementos de la literatura clásica, como en la alusión al “Sueño de Escipión” de Cicerón, con ciertas experiencias de conversión espiritual, que aparecen en la autobiografía de Ignacio de Loyola, una fusión de la perspectiva cristiana española con el estoicismo ciceroniano. Por eso, en varios de sus poemas comparará Arguijo a Sevilla con otras ciudades del mundo clásico.

El interés en intensificar el sentido de comunidad en un contexto humanista se impuso a partir de las prácticas pedagógicas de los jesuitas, asimiladas en la poesía del autor. Judi Loach ha señalado que en la práctica de la pedagogía jesuita se hacía hincapié en la formación de grupos de estudio para el intercambio de ideas, libros y contenido de lecturas. Se insistía en que los estudiantes llevaran a cabo estudios en comunidad para estimular una ‘memoria común’ (Loach 67). En sus estudios, los jóvenes buscaban alcanzar un nivel de refinamiento, ejemplo que se destaca en la temática clasicista que caracteriza una parte importante de la obra de Arguijo, también manifestado en la preocupación por las virtudes y por la conducta honorable. Además de la reflexión individual, se le instruía al estudiante para que desarrollara sus estudios en el marco de una matriz social, de amistad y compañerismo. Según las prácticas del siglo XVII, se abría un espacio para la práctica colectiva de la lectura, y en algunos de estos grupos cada persona leía una sección de un libro y

después se explicaban entre ellos las distintas secciones (Loach 75). Estas prácticas ayudaban a que estudiantes con temperamentos e ideas afines se identificaran y compartieran ideas y vivencias entre sí. Sin duda, estas lecturas compartidas facilitaban el entorno para establecer amistades profundas, con predilección por el estímulo hacia la admiración por el intelecto ajeno, y en medio de la devoción religiosa.²

En Sevilla, debido a la ausencia de universidades, el colegio de los jesuitas alcanzó a tener gran influencia, ya que sus prácticas contribuían a elevar el nivel artístico e intelectual en la ciudad. María Teresa Ruestes menciona el aspecto positivo que tuvo el colegio de los jesuitas en la ciudad y añade un comentario acerca de la posible influencia de esta institución en los cenáculos de poetas del dicho colegio, que se fundó en 1556, el mismo al que asistió Arguijo. Para Ruestes, este colegio alcanzó cierta influencia en el círculo de los amigos de Herrera: “Sabemos que algunos de sus amigos, como Cristóbal Mosquera de Figueroa, prologaron obras literarias de jesuitas y que el pintor y poeta Francisco Pacheco, en 1610, escribió dos poema a raíz de la beatificación de San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús” (v. Herrera x). Dentro de esas comunidades se hacía énfasis en lo que los jesuitas denominaban la “verdadera nobleza”, descrita como “aquella que se consigue en las acciones propias, valientes, justas y honestas y con el trabajo y el esfuerzo del cuerpo y el espíritu” (Gallardo 747), una interpretación cristiano-humanista cuyo fin era fortalecer la contribución del individuo a la comunidad. En la experiencia compartida, se consolidaba la conciencia de una comunidad de emociones y de fuertes relaciones mutuas. No sorprende entonces que las referencias a lazos emotivos en la amistad formen una vertiente notable en la poesía de Arguijo.

En varios poemas se destaca la contraposición entre soledad y amistad, ya que el poeta recurre al tópico que conjura los efectos de detrimento en el aislamiento del individuo, para exaltar las ventajas del compartir entre amigos y en comunidad. Vemos este aspecto positivo de la amistad, manifestado a través de simpatías mutuas entre el autor y varios religiosos jesuitas, mientras que en otro se expresa la tristeza por la pérdida de un religioso amigo suyo. Aquí se hace responsable a la muerte por el dolor de la pérdida de alguien afín. El papel central de los sentimientos de afecto y afinidad aflora también en varios de los sonetos. No hay más que considerar el soneto XVII, «A la amistad» (29),³ cuyos ejemplos de fidelidad total son calificados por Miró Martí de “casos célebres de amistad llevada al límite” (141). El poema contiene seis mitos griegos que relatan en todos los casos una crisis compartida por dos amigos entregados a la salvación uno del otro sin preocuparse por la propia muerte. La imposibilidad de vivir sin el amigo lleva a cada personaje a inmolarsse para

² Loach da como ejemplo el curso de C. F. Menestrier, «L'idée de l'étude d'un honneste homme», publicado en 1658, unos años después de la muerte de Arguijo (68).

³ Todos los poemas citados en el ensayo pertenecen a la edición de Gaspar Garrote Bernal y Vicente Cristóbal.

salvarlo. En primer verso, “contienen por morir” es una cita de las *Tristes* de Ovidio (Miró Martí 141). La cita alude a una lucha por afirmar la propia muerte con tal que el amigo se salve y, si esto no fuera posible, entonces morir juntos, porque es mejor fenecer que vivir sin el amigo. El último verso hace alusión a la fuerza moral que se hace posible en el contexto de una fuerte amistad:

Contienen por morir, en importuna
 porfía, Orestes y el focense amigo;
 Niso se ofrece al rúculo enemigo
 y acompaña del teucro la fortuna;
En la fe de Damón sospecha alguna
 no sufre Phithias, aunque ve el castigo,
 ni rehúsa bajar Tesëo contigo
 Piritoo fiel, a la infernal laguna;
Pólux con Cástor parte el don divino,
 y porqu’el Orco satisfecho quede,
 muriendo compra la fraterna vida;
teme vivir el Joven prenestino
 faltando Caspio: tales cosas puede
 de la amistad la fuerza no vencida. (29)

El poema insiste en que es preferible salvar la vida de un amigo antes que la propia, ya que los dos amigos se hacen uno a la hora del peligro. En esta versión de Arguijo del ideal clásico de la amistad, probablemente influido por Cicerón, el temor a la soledad que acarrea la pérdida del amigo anula los efectos del sufrimiento sugerido en la amenaza del fin, para el que se salva. El amigo está dispuesto al sacrificio más extremo para que el otro no perezca. La amistad se representa con el impacto de una fe donde no hay espacio para las dudas ni para el espanto. La imagen del autosacrificio en “muriendo compra la fraterna vida” y la importancia de compartir, elaborada en la descripción de Cástor y Pólux, quienes juntos disfrutaban del don divino, alude a dos elementos asimilados al concepto de la amistad, donde también rigen las reglas de cortesía que mantienen la paz en la comunidad. La impronta de la compañía de los amigos que bajan juntos al infierno propone el valor de la presencia mutua, del vínculo, por encima de la salvación personal. No se es nada sin el amigo. La energía personal, para resistir los embates de la suerte, crece en presencia del amigo porque a la amistad nada la puede vencer. Así, el afecto compartido sirve de apoyo para aguzar la entereza y virtud del otro: Phitias nunca duda de la fidelidad de su amigo; la fe de Damón le calma el miedo ante su terrible suerte. El poema declara que la afinidad requiere escoger libremente el destino fatal de los que amamos. El destino de los amigos tiene que ser común.

La amistad representa para Arguijo un recurso inagotable de consuelo. En la Epístola I, «A un religioso de Granada», concurre una serie de temas y preocupaciones a partir del efecto benigno que se busca en la relación de amistad, para conjurar recursos emocionales con el fin de paliar la profunda preocupación que acongoja a la voz poética. Arguijo le escribe a un amigo para comentar los terribles acontecimientos que han conmovido a los sevillanos en los últimos tiempos. La misma composición reproduce en su estructura una situación complicada y casi catastrófica. Se destaca el tono fuertemente emotivo del poema y su significado dentro de un contexto de emociones compartidas por los habitantes de la ciudad de Sevilla, entonces sometida a una racha de epidemias y males. Vranich anota la intensidad de las emociones expresadas, que profundizan el tono del poema: “A lo largo del poema se destaca una fuerte identificación entre el escritor y su ciudad natal, que se extiende a veces a España de mar a mar, e incluso al mundo entero que ve tan aquejado de males como su propia existencia”. Vranich describe el poema como un “catálogo” de males, un largo lamento, lleno de sollozos y quejas, cuya nómina presenta en busca de “algún alivio” (v. Arguijo, *Obra poética* 202). Las opiniones varían en cuanto al motivo de la epístola. Vranich opina que se escribió en la finca de los jesuitas donde Arguijo se había escondido para huir de sus acreedores, pero Gaspar Garrote Bernal y Vicente Cristóbal consideran que Arguijo la escribe cuando se encontraba en su heredad de Tablantes, entre 1598 y 1601, habiéndose alejado de Sevilla para huir de la peste que azotaba la ciudad. A esto probablemente se deben las abundantes referencias a estados de ánimo extremos, que muestran la preocupación por la comunidad a la que pertenecía el poeta. Garrote Bernal opina que este poema es el de mayor dificultad léxica (v. Arguijo, *Poesía* 126). El poema está compuesto en esdrújulos y contiene 213 versos. Si consideramos la lista de términos afectivos que se enumeran en la epístola a partir del concepto de ‘comunidad de emociones’, podemos observar que el poema contiene mucho más que un inventario de lamentaciones, pues representa un gesto retórico de Arguijo para describir el dolor y la desolación que sufren los habitantes de Sevilla por el impacto de las epidemias y, además, mostrar su solidaridad con el grupo al que pertenece, nombrando la variedad de sentimientos que cunden en la ciudad. Además, el poema insiste en el papel valioso que adquiere su amistad con el granadino (el religioso, del título) para aliviar el dolor que lo atormenta.

Al principio de la epístola se plantea la situación intolerable en que se encuentra el acongojado hablante: ha tenido que alejarse de su ámbito y está viviendo literalmente “entre árboles”, como en una selva, atormentado por los pensamientos que le traen el recuerdo y por el miedo que le producen las futuras desgracias a las que no puede ver fin. Estar alejado significa vivir en constante tormento de lo que puede pasar. Cuando trata de animarse, se da cuenta de que se está engañando y se entrega al llanto. La realidad del desastre vence la débil imaginación. Nótese la referencia al miedo y a la contrariedad por haberse tenido que alejar y refugiarse en este lugar. Además, la misma soledad le quita fuerzas para luchar:

Aquí, donde el rigor del hado mísero,
me conduce a vivir entre los árboles,
lejos a mi pesar de los domésticos
lares, el pensamiento melancólico
corre por entre sendas tan difíciles
llenas de espinas y de abrojos ásperos,
que peñascosas y revueltas víboras
que acobardan el paso al más intrépido,
donde no encuentra sino casos flébiles,
historias tristes y sucesos trágicos
que cansan la memoria, como a Sísifo
la grave carga del peñasco hórrido.
Discurre por su mal con priesa súbita
que excede el curso del ligero Hipómenes,
y ve de males un inmenso número,
mas como no descubre fin ni límites
del incierto viaje, teme, viéndose
de desventuras en un ancho piélagos,
y arrepentido busca otros más fáciles
caminos, que le vuelvan al pacífico
puerto de do partiera tan impróvido. (126-127)

El recurso del solitario se limita a engañarse, prometiéndose que los males van a desaparecer, pero en su enajenación descubre que el bienestar es simple fantasía, producto del “mentiroso oráculo / de la imaginación con falsa máscara” (128-129). Al comparar el presente con el pasado, las calamidades del presente parecen mucho más terribles, porque se amontonan contra la resistencia del propio consuelo. Se trata de un “infausto género de males” (130), ataque de los ingleses en Cádiz, epidemias en Sevilla donde “el rigor del mal pestífero / muestra en esta ciudad su fuerza válida” (130-131). La amenaza de Inglaterra, el país enemigo, intensifica el sufrimiento. Los médicos no pueden ayudar. Su ejercicio carece de efecto y las emociones los inundan y les impiden encontrar el instrumento adecuado para sanar a los enfermos: están turbados, llenos de lástima por los que mueren. Es un “dolor legítimo” (132). Por otra parte, la gente languidece, sin energía para contrarrestar la crisis. Hay un “desmayo común”, “un miedo lánguido”, que transforma a todos en seres pusilánimes. La gente se expresa entre llantos, suspiros y dolor. El poema ofrece una lista de males de todo tipo y, a la vez, contiene las reacciones de aquellos sobre los que se han volcado todas estas calamidades producto de “malévolas / estrellas” (131). Además de enumerar las desgracias,

la voz poética también se dirige al amigo, en quien piensa, para pedirle que lo escuche. La expresión de sus emociones, volcadas en la carta, le permitirá lograr al aquejado algo de alivio:

Entre estos pensamientos tan inútiles,
para dar si puedo algún alivio al ánimo,
determiné escribiros esta epístola
con el divino aliento de Melpómene,
que inspira las canciones elegíacas.
Perdonadme sin en vez de alegre plática
os entristece mi afligido cántico:
éste el principio fue y éste el epílogo
también habrá de ser de mis esdrújulos,
que no permite el tiempo versos líricos. (130)

El poema no echa a un lado el efecto que podrá tener en el amigo lejano. Al contrario, se exterioriza la angustia de saber que, al contar tantos males y el sufrimiento que causan, se provocará la misma zozobra en el receptor de la carta. En cierta manera, se espera que los sentimientos se comuniquen, se “contagien”, ya que, dentro de esa comunidad, todos los comparten. Las congojas del amigo se transmitirán al otro, pero la comunicación funciona como medio para lograr algo de alivio. Será una congoja compartida. La sensibilidad del amigo contrasta con la indiferencia de otros que no comparten los mismos sentimientos. Según lamenta el atribulado sevillano, la arrogancia de los que no se conmueven ante el mal de sus congéneres, hiere aún más que los mismos males que describe el poema:

Mas, ¡oh dolor crüel!, que cuando el ímpetu
de males que amenazan el fin último
debiera a cada cual de su propósito
reducir con razón a mejor método,
con loco frenesí se están inmóviles,
sin sentimiento, más que duros mármoles;
y tan soberbios como el alto líbano,
se prometieron vivir años nestóricos,
siguiendo de sus gustos falsos ídolos,
sin excusar el peligroso escándalo
[...] (138)

El final del poema permite que se revelen sentimientos de nostalgia y de admiración expresados de un amigo al otro. Ahora Granada, en contraste con Sevilla, se describe como un jardín protegido por la tranquilidad, la paz, y el silencio acompasado por una música armónica. El amigo a quien se dirige el poema se dedica a estudiar y a ejercer las virtudes que lo distinguen por encima de los demás. Lleva una vida en el estudio y la contemplación. Hay un sincero mensaje de admiración que celebra la persona y la vida del amigo y también del ambiente que lo rodea. Al mencionar la bondad del amigo, también se alaba su inclinación a actuar, ser útil y mantenerse firme en sus deberes. En esta última parte del poema aparecen varios términos relacionados con emociones positivas: “dichoso”, “estimar”, “acomodarse”, “apacible”, “retirado”, “gozar con beneplácito” y “amor”. La voz poética expresa un sentimiento de alivio y dulzura al pensar en el amigo de Granada que disfruta de una vida mejor que la suya, pues habita en un hermoso jardín parecido a los de Babilonia (refiriéndose a los de la ciudad de Granada). Peter Davidson muestra el esmero con que los jesuitas elaboraban la imagen del jardín para transformar la contemplación de la belleza natural en un ejercicio del espíritu. Caminar por un jardín se convertía en un acto de ‘entrenamiento mental’, un esfuerzo para lograr la percepción apropiada del mundo. Además, al admirar la belleza y armonía de las partes, se llevaba a cabo un ejercicio espiritual equivalente a un camino de perfección («The Jesuit» 91). Para el que escribe la epístola, la estancia del amigo en aquel jardín magnífico añade otro signo de su nobleza espiritual.⁴ En el último verso se ensalza el valor de esta amistad entre dos, llamándola “voluntad recíproca”: “Vuestra suerte gozad con beneplácito / del cielo, que se os muestra tan benévolo, / y no olvidéis a quien por justo título / debéis amor y voluntad recíproca” (40-41). Además de tematizar el sufrimiento de toda una ciudad, el poema canta el valor único de la amistad para aliviar las tribulaciones y presta homenaje a la influencia benévola de alguien que ha logrado la paz de espíritu. Aunque sufre males sin límite, la voz del poema logra elevarse más allá de su dolor, y tiene capacidad para alegrarse de la suerte de su amigo, apreciar sus virtudes y apaciguarse con el recuerdo.

La comunidad de emociones en Arguijo

¿Cuáles son las emociones mencionadas por Arguijo a través de su obra poética? Si examinamos los términos que utiliza, observaremos que la mayor parte de ellas aparecen en forma de adjetivo, pues describen al individuo que las sufre. En su mayoría se refieren a posturas negativas, características del individuo que se encierra en sí mismo, que no tiene fuerzas para luchar,

⁴ Davidson utiliza ejemplos de los jesuitas Daniel Seegers (Países Bajos), el francés Louis Richêome y el italiano Giovanni Batista Ferrari. Ver «The Jesuit Garden».

o que no acepta un gesto de amistad de los otros. Así los vemos en la «Silva de don Juan de Arguijo», o Silva II,⁵ que describe al hombre solitario, peregrino encerrado en sus preocupaciones:

Errante peregrino, ignora dónde
asiente el pie dudoso,
siempre de sus desdichas temeroso,
si con fingido aliento
presume un breve rato a los cuidados
oponer animosa resistencia. (123)

Entre ellos tenemos adjetivos como ‘afligido’, ‘airado’, ‘mísero’, ‘lastimero’, ‘triste’, ‘temeroso’, ‘áspero’, ‘voltario’ (inconsistente), ‘enjuto’, ‘desabrido’, ‘amargo’, ‘rabioso’. También hay términos que ilustran la virtud del que se dispone a luchar con buen talante, manteniéndose firme pero tranquilo: ‘alegre’, ‘verdadero’, ‘sosegado’, ‘seguro’, ‘feliz’, ‘firme’, ‘animoso’, ‘piadoso’. Aparecen como verbos “gozar”, “mover”, “consolar” y “apetecer” y “menguar el gusto”, “padecer”, “quejarse”, “acobardar” y “llorar”. Como término acompasador, el llanto incluye un complejo entretejido de emociones sobre los que predomina la melancolía. ¿A qué se atribuye esa melancolía? Barbara Rosenwein observa que, con el despertar de la modernidad y las consecuentes crisis y cambios religiosos que acarrearón el protestantismo y la contrarreforma, se extendió la obsesión melancólica (*Generations* 25). En Inglaterra, al igual que en España, aparecieron tratados, obras de teatro y poemas cuyo tema principal estaba inspirado en la melancolía. La historiadora postula una comunidad de emociones entre los lectores y los escritores de la estatura de Spenser, Shakespeare y Bunyan, y muchos otros coetáneos de Arguijo. En el caso de los escritores ingleses aquí mencionados, la profunda melancolía que aparece en sus obras parece haberse referido a sentimientos de culpabilidad originados en la conciencia religiosa, lo que se describiría como “la conciencia del pecado” (*Generations* 259). No parece que Arguijo asocie la melancolía con un sentimiento de culpabilidad provocado por la conciencia religiosa. Por el contrario, se rechaza la introspección, porque el enfrascarse en las cavilaciones convierte el pensamiento en un “errante peregrino” (264). La silva muestra al lector los efectos del aislamiento y de la reflexión en el ánimo del solitario. Arguijo denomina este estado precario de estabilidad aparente una constancia devenida en pereza. Se trata de la “vanidad estoica” que “con engaño llega a alegrarse de su propio daño” (265). El dolor que no se comparte se convierte en un espejismo de falsa resignación.

El poema que mejor representa el rechazo a la soledad y el valor inigualable de la amistad compartida es la Canción III («Canción elegíaca a la muerte del hermano Matías Tercero, de la

⁵ La edición de Oriol Martí contiene este título, tomado del manuscrito Arg (ver página 264).

Compañía [de Jesús]»). En este poema dedicado al amigo jesuita muerto, Arguijo invoca los valores y sentimientos comunes, como la indiferencia hacia lo mundano, que ya aparece desde el principio del poema, y también la búsqueda de la sinceridad y la confianza mutuas. Desarrollado en el escenario de una égloga pastoril, su personaje principal es el pastor Arciso, que representa a Arguijo, que está llorando la muerte de Tercerio. Aquí solamente me referiré a la cuestión de la amistad, que ocupa un espacio central en el poema. Arciso llora la muerte de Tercerio porque era un hombre joven que no merecía morir. Siguiendo el *topos* de las églogas, la belleza del “locus amenus” le provoca más desazón que calma. Ahora el motivo principal de su llanto y melancolía es la pérdida del amigo, por lo que significaba para él:

Siente también la falta
de una firme amistad, mayor tesoro
y dádiva más alta
que otorga al mundo el estrellado coro,
y en tales ocasiones
no sobra el llanto, sobran las razones.
Porque si alguna cosa
entre la humana puede y mortal gente
a un alma generosa
ocasionar tan mísero accidente,
es perder un amigo
que fue del pensamiento fiel testigo. (147-148)

A la firmeza de la amistad se añade la experiencia de compartir ideas en común y también la incapacidad para olvidar. Mientras se queja, Arciso enumera las virtudes de Tercerio. De origen humilde, este último despreció las riquezas porque perseguirlas equivalía para él a perder el contento: “Menguar el gusto si el estado crece” (151). Sobre todo, Arciso insiste en que la muerte del amigo, tras lo cual “de las dos almas una quedó hecha” (152), no da lugar a sentimiento de culpa. Por el contrario, el poema lamenta la penumbra y la oscuridad provocadas por la ausencia del amigo y también la imposibilidad de olvidarlo:

Porque en la mía [memoria] de suerte
la perfección del amistad se halla,
que ni la dura muerte
ni nueva voluntad podrá apartalla;
antes más, cada día

lloveré tu pérdida compañía. (163)

En la presencia del ausente se manifiesta la existencia de una comunidad de emociones que, como hemos dicho en este comentario, le sirve de marco a la poesía de nuestro autor. En el mismo poema se hace referencia al acto de escribir como ejercicio inspirado por la voluntad de eternizar la vida del amigo:

Los versos mal compuestos
de mi corto caudal y tosca pluma,
con honores funestos
dedicaré a tu nombre en breve suma,
que por solo este empleo
c[o]dicaré la lira de Cirreo. (163)

Conclusiones

La propuesta de estudiar la poesía de Juan de Arguijo en el contexto de una comunidad de emociones, a la cual se dirigía el autor y con la que compartía sus valores, nos permite estudiar su obra dándole un papel a sus relaciones humanas a partir de las cuales surgieron muchos de los poemas de Arguijo. Como se ha dicho, las emociones son instrumentos de socialización, y ciertas comunidades tenían términos y conceptos preferidos con los que se distinguían. Las interacciones sociales que formaron a Arguijo también fueron incorporadas en sus poemas. Los términos que se referían a las emociones, aunque compartidos en su época, representaban en su uso y selección la voluntad de expresar un concepto de las relaciones humanas. En Arguijo, estas relaciones alcanzaban en la amistad su mejor expresión.

Obras citadas

- Arguijo, Juan de. *Poesía*. Edición, introducción y notas de Gaspar Garrote Bernal y Vicente Cristóbal. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2004.
- . *Poesía completa*. Edición de Oriol Miró Martí. Madrid: Cátedra, 2009.
- . *Obra poética*. Edición de Stanko B Vranich. Madrid: Clásicos Castalia, 1971.
- Aranda Doncel, Juan. «La influencia de los Jesuitas en la sociedad cordobesa del siglo XVII». En *Los jesuitas: Religión, política y educación (siglos XVII-XVIII)*. José Martínez Millán, Henar Pizarro Llorente y Esther Jiménez Pablo, coordinadores. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2012. 587-652.

- Bilinkoff, Jodi. «A Christian and a Gentleman: Sanctity and Masculine Honor in Pedro de Ribadeneyra's Life of Francis Borgia». En *Francisco de Borja y su tiempo: Política, Religión y Cultura*. Ed. de Enrique García Hernán y María del Pilar Ryan. Valencia y Roma: Albatros, 2011. 447-455.
- Davidson, Peter. «The Jesuit Garden». En *The Jesuits II: Cultures, Sciences and the Arts 1540-1773*. John W. O'Malley SJ, Garvin Alexander Bailey, Steven J Harris, y Frank Kennedy, comps., SJ. Toronto: University of Toronto Press, 2005. 86-107.
- Gallardo, Carmen. «La verdadera nobleza: Teoría y práctica en diálogos escénicos». En *Los jesuitas: Religión, política y educación (siglos XVII-XVIII)*. 741-750.
- Herrera, Fernando de. *Poesía*. Edición y notas de María Teresa Ruestes. Barcelona: Planeta, 1986.
- Lleó Canal, Vicente. *Nueva Roma: Mitología y humanismo en el Renacimiento sevillano*. Sevilla: Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial, 1979.
- Loach, Judy. «Revolutionary Pedagogues? How Jesuits Used Education to Change Society». En *The Jesuits II: Cultures, Sciences and the Arts 1540-1773*. 66-85.
- Rosenwein, Barbara. *Generations of Feeling: A History of Emotions, 600-700*. Cambridge: Cambridge University Press, 2016.
- . «Problems and Methods in the History of Emotions». *Passions in Context. International Journal for the History of Emotions* 1 (2010): 1-32. Internet.
- . *Emotional Communities in the Early-Middle Ages*. Ithaca: Cornell University Press, 2006.
- Sánchez, José. *Academias literarias del Siglo de Oro español*. Madrid: Gredos, 1961.